

## Cara a cara ¿El valor estará en la experiencia?

Era un escenario distinto, no tenía pantallas. Tampoco había luces automáticas, ni subtítulos flotantes, ni traducción simultánea por auriculares. Sólo una alfombra roja deshilachada y un micrófono con cable, de los que hacían ruido si lo tocabas mal. El auditorio estaba lleno, pero en completo silencio. Esperaban algo que muchos nunca habían vivido: una voz de una persona sin edición y en riguroso directo.

Silvia entró sin que nadie lo anunciase. Llevaba un traje gris oscuro, sin logos, sin marcas. Caminaba despacio pero segura de sí misma, sin mirar al público hasta el último paso. Cuando llegó al centro, respiró hondo, sonrió y dijo:

—¿Les ha pasado que alguien les responde algo tan perfecto... que sienten que ya no vale la pena contestar?

Algunas personas rieron. Una carcajada real, tensa. En la fila cinco, un hombre se secó una lágrima.

—A mí también —dijo Silvia, con una sonrisa breve—. Por eso estoy aquí. Y vosotros también.

Lo que vino después no fue una ponencia enlatada por la IA, fue una algo experiencial, una conversación sin interlocutores explícitos. Silvia no escupía datos ni soluciones. Contó cosas normales: un desayuno en silencio con su padre, la carcajada de una amiga que ya no está, un momento en que quiso gritar y no pudo. Cada pausa era parte del discurso, sabía comunicar, de persona a persona, los que escuchaban lo hacían con los cinco sentidos. Paraba, pensaba, buscaba en su mente las palabras exactas, incluso se aceleraba a veces por la emoción „ y en eso se notaba que no era algo programado o generado.

Y al terminar, hubo aplausos. Muchos. No era lo que más le gustaba a ella, pero le gustaba que hubiese sentimientos espontáneos. Salió por donde había entrado. El público se quedó parado, como si no quisiera romper lo que acababa de pasar. Era silencio, pero un silencio distinto, compartido, de esos que solo existen una vez y se recuerdan siempre. Al salir, algunos sonrieron sin hablar, como quien guarda un secreto que no se puede repetir.

Horas después, en su cápsula privada de transporte, la pantalla flotante le mostraba un mensaje prioritario. Sin remitente. Solo una línea:

"¿Y si pudiéramos capturar eso que tú haces... y hacerlo eterno?"

Silvia recordaba el primer día como si hubiera ocurrido en otro siglo. Un sótano alquilado en el barrio más gris de lo que quedaba de Málaga, con paredes sin aislar y sillas plegables. No había inversores, ni IA de apoyo, ni siquiera wifi estable. Solo ella, una cafetera manual, y una pizarra donde había escrito: “Hablar importa”.

En 2072, casi nadie habla sin filtro. Los niños contestan antes a sus asistentes que a sus madres. Las parejas negocian sus enfados con predicciones en la pantalla. La empatía es un servicio de suscripción.

Silvia no tenía nada contra la tecnología. Había trabajado años entrenando modelos de conversación para uso terapéutico. Sabía cómo imitar la emoción. Cómo programar el consuelo. Y eso mismo la había agotado.

El giro fue lento, casi ridículo. Un cliente le pidió que no le respondiera con IA, solo que lo escuchara. Veinte minutos. Luego llegaron otros. Algunos se pasaban la dirección escrita a mano. Solo humanos, decía el cartel en la puerta. La empresa no tenía nombre oficial. Entre ellos, la llamaban *El Zaguán*.

La demanda creció. Demasiado. Para evitar el colapso, Silvia instituyó una norma: ningún cliente podía asistir más de una vez por mes. Los encuentros se hacían en lugares rotativos, siempre sin dispositivos, sin grabaciones. Lo humano tenía que volver a sentirse frágil. Y costoso.

Años después, mientras revisaba viejos contratos, encontró una nota de aquella época. La había garabateado en el margen de una factura de alquiler. Decía:

“Si algún día esto se vuelve rentable, huye.”

Ahora estaban los eventos semanales y en estos Silvia solo aceptaba grupos. Había empezado en sesiones individuales desde hacía más de cinco años. “Demasiado íntimo, demasiado frágil”, solía decir. Ella Prefería las conversaciones corales, en esas sesiones el silencio se contagiaba y las emociones no tenían nombre propio.

En su mente ese mensaje del magnate insistía. Ahora ya no era una invitación. Era una cita fijada, con coordenadas cifradas y garantía de anonimato. En otro tiempo habría ignorado algo así. Pero ese comentario al final la había tocado de un modo que no quería admitir: *“hacer eterno lo que tú haces”*.

El lugar era un jardín interior en lo alto de un edificio sin nombre, más cerca de las nubes que del suelo. No había cámaras, ni asistentes, ni sensores a la vista. Solo una mesa de madera viva, húmeda, que respiraba. El hombre la esperaba de pie.

—Gracias por venir, Silvia. No suelo pedir favores. Tampoco sabía que podía sentir esas emociones. Esa ponencia suya me llegó, sentí algo que no he podido replicar

—No era el objetivo —respondió ella, sin sentarse.

—Y sin embargo, funcionó. ¿Por qué negarle eso a millones de personas?

Silvia lo miró. Tenía esa calma entrenada de los hombres que creen tener razón incluso cuando piden permiso.

—Porque no es reproducible. Porque es único cada vez. Porque si lo repites, lo destruyes.

—¿Y si no se trata de copiarte, sino de aprenderte? No una imitación. Una continuidad. Una Silvia sin cuerpo, sin miedo, sin límite de tiempo.

Ella se sentó despacio. El silencio que siguió no era incómodo, pero tampoco vacío.

—Usted no quiere lo que yo hago. Quiere lo que le hizo sentir. Quiere algo que sintiéndolo mucho no es mío. Es un poco suyo. Pero sobre todo es del momento entre nosotros. Digamos que fue algo no programado, un error perfecto.

El magnate sonrió.

—Entonces déjeme intentarlo. Un último error. Pero con todo el poder para que no se pierda jamás.

Silvia no respondió. Miró la mesa, el musgo que crecía entre las vetas. Y pensó que no responder sería una forma clara de negarse, al fin y al cabo ella era una experta en comunicación verbal... y no verbal.

La mañana siguiente soleada, húmeda, y típica de un invierno en el sur español, Silvia llegó la primera. La sala no estaba señalizada. Para llegar, los asistentes habían seguido un itinerario en papel, con instrucciones manuscritas y sin coordenadas digitales.. No había pantallas. Tampoco retransmisión por Teams.. El lugar parecía fuera del tiempo, sin ninguna máquina que vigilara.. Solo una mesa de madera con té caliente y mantas dobladas sobre sillas desiguales.

El grupo era pequeño. Dieciséis personas. Nadie sabía quiénes eran los demás. Algunos se reconocían del mundo real —una ministra, un coreógrafo, una diseñadora de prótesis estéticas— pero no se saludaban. El anonimato formaba parte del pacto.

Silvia entró por una puerta lateral. No llevaba micrófono. Su voz, sin amplificación, obligaba a inclinarse, a escuchar de verdad. Se sentó en el suelo, entre ellos, como una más.

—Hoy no traigo tema —dijo—. Solo una pregunta. ¿Qué parte de vosotros nadie ha podido automatizar?

Silencio.

Una mujer levantó la mano, luego la bajó. Silvia la miró sin apurarla. Pasaron segundos, tal vez un minuto. Después, la mujer habló.

—Cuando huelo a mi madre en la ropa que guardé. Eso no lo ha podido hacer ningún generador de memoria.

Otro dijo:

—Soñar con alguien que ya no existe y no poder controlar si aparece o no. ¿Eso cuenta?

—Cuenta todo lo que duele sin ser útil —respondió Silvia.

Así transcurrió la sesión. No hubo resumen, ni acta, ni lecciones. Solo historias que flotaban, algunas rotas, otras apenas murmuradas. Al terminar, Silvia se despidió con una inclinación leve.

Un hombre se le acercó mientras recogía sus cosas. Era joven, con manos temblorosas.

—¿Puedo volver a escuchar esto? —preguntó, señalando al aire—. Solo... esto.

Silvia negó con la cabeza.

—No se graba. No se repite. Esa es la diferencia.

Él asintió, sin entender del todo. Y quizás por eso, lo entendía mejor que nadie.

La sede del equipo, *El Zaguán*, sí era fija. Habían elegido un edificio que en su día fue una biblioteca, ahora estaba abandonada, cerca del río, con estanterías medio vacías y ventanas selladas con madera vieja. Allí, como si fuese algo prohibido, se reunían cada martes al atardecer. Sin grabaciones, sin IA de apoyo. Solo voces humanas, las suyas. No era prohibido pero les hacía sentir distinto.

—Nos está comprando el discurso —dijo Marcos, uno de los coordinadores del equipo, con el ceño fruncido—. Lo de "hacer eterno lo humano" suena muy bonito, pero es como disecar una mariposa, a mi no me gusta.

—No es tan simple —interrumpió Carla, la más joven del grupo—. Si alguien va a intentar replicar lo que hacemos, y este personaje parece decidido, al menos que Silvia participe. Que lo haga con conciencia, con límites.

—¿Y si no hay límites? —preguntó Marcos—. ¿Y si quieren extraer no lo que dices, sino *cómo* lo dices? ¿Tus pausas? ¿Tus dudas? ¿Tus silencios? Eso no se firma. Eso se entrega, incluso es parte de Silvia realmente, por eso viene la gente, no es su avatar, es ella.

Silvia los escuchaba desde una esquina, sin intervenir. Tenía un cuaderno cerrado sobre las piernas. El mismo donde, años atrás, había escrito: “Si algún día esto se vuelve rentable, huye.”

—¿Y tú qué piensas? —preguntó Carla al fin.

Silvia levantó la vista. Tenía los ojos cansados, pero la voz intacta.

—Creo que lo que hacemos no es sagrado. Ni eterno. Pero sí es límite. Lo que hacemos es como una frontera. Si alguien cruza, quiero verlo de cerca. Aunque no sepa qué se rompe. Para saber qué se pierde. Y qué, tal vez, se puede conservar.

Un silencio espeso se instaló en la sala. No era aprobación. Tampoco rechazo. Era ese tipo de pausa que solo aparece cuando algo importante está por empezar a romperse.

—Entonces hablarás con él otra vez —dijo Marcos, sin fuerza.

Silvia asintió.

—Pero esta vez... no irá solo.

Y al decirlo, nadie supo si hablaba del magnate, o de ella misma.

La segunda reunión no fue en un jardín. Esta vez, el magnate eligió un observatorio de los que llamaban desactivado, en las afueras de Lisboa, bajo una cúpula oxidada que aún giraba con esfuerzo pero nadie había usado en años. El cielo estaba despejado, pero el telescopio apuntaba igual a la nada. Silvia llegó sola. No pidió protección. Solo tiempo.

Él la esperaba apoyado en una barandilla, rodeado de pantallas apagadas. No dijo nada al verla. Le ofreció té caliente —demasiado perfecto, pensó ella— y un asiento frente a un proyector viejo que parecía haber sido rescatado de un desguace.

—No vamos a mostrarle prototipos —dijo él finalmente—. No todavía. Quiero hablar de posibilidades, no de tecnología.

—Perfecto —respondió Silvia—. Porque yo quiero hablar de condiciones.

Se miraron como dos jugadores que saben que la partida ya empezó pero aún no han movido ninguna pieza.

—Lo que usted propone —continuó ella— no es solo reproducirme. Es capturar algo que solo existe en el momento en que ocurre: la capacidad de comunicar de verdad. Democratizar la experiencia, dicen. Pero sin cuerpo, sin riesgo, sin error. Eso no es conversación. Es consumo y pierde la esencia.

El magnate no se inmutó, había lidiado con conversadores iguales antes para llegar donde estaba. Tomó un sorbo de té antes de responder.

—¿Y qué propone usted entonces? ¿Mantener esa capacidad como un privilegio? ¿Dejarla en manos de quince o cincuenta o cien personas por sesión, cuando hay millones que no han oído una ponencia de un humano sin interfaz en años?

Silvia respiró hondo. No había traído notas, ni plan. Solo una certeza que le venía ardiendo desde hacía años.

—Quiero que esto que hacemos llegue a quienes no pueden pagar por ello. Pero no quiero que lo haga a través de una simulación. Quiero formar personas. Comunicadores reales. Gente capaz de estar presente, de escuchar, de responder sin red. Quiero que haya espacios donde comunicar sea gratuito, lento, real. En barrios marginales. En hospitales. En escuelas, universidades e incluso en una plaza de pueblo.

—Eso no escala —replicó el magnate, con voz neutra.

—No todo debe escalar. Algunas cosas deben propagarse como el fuego. De uno en uno. Porque si no, se apagan.

Él la observó con una mezcla de respeto y fastidio. Luego sonrió, casi con ternura.

—No sabía que era tan idealista.

—Yo tampoco —respondió ella—. Hasta que ustedes quisieron copiarne.

Hubo una pausa larga. El sonido lejano de una puerta oxidada abriéndose en otra sala. El viento. Nada más.

—¿Y si lo hacemos juntos? —preguntó él—. Una red de conversadores y comunicadores reales, financiada por nosotros, con sus condiciones. Pero a cambio, necesito una versión. Un reflejo. Algo que pueda ofrecer a quienes jamás vivirán esto en persona.

Silvia se puso de pie. Caminó hasta el centro de la cúpula y miró hacia arriba, donde solo había oscuridad.

—Entonces no puede llevar mi voz. Ni mis gestos. Pero puede llevar lo que enseñe. Lo que transmita. La forma de estar. Si está dispuesto a pagar por lo que no puede poseer... entonces hablamos el mismo idioma.

Él no respondió. Solo asintió. Y por primera vez, Silvia sintió que quizá no había perdido.

Todavía.

Silvia volvió sola una última vez. El observatorio seguía en pie, oxidado y silencioso. No había cita. No había trato. No quedaba ya nada que negociar. Solo una certeza que le ardía más que nunca: lo que había hecho no podía convertirse en producto. Ni siquiera con buenas intenciones.

El magnate había aceptado financiar la red de comunicadores, ponentes humanos lo llamaba él. Incluso había cedido a sus condiciones: sin IA, sin grabaciones, sin réplica. Pero algo en la forma en que sonreía, en su manera de hablar del "proyecto humano" como una inversión emocional, le reveló a Silvia una verdad más cruda. No se trataba de confianza. Se trataba de control.

Esa noche escribió una única frase. Con tinta irregular de la pluma que le había regalado su abuela al cumplir dieciocho, en una hoja arrancada de su viejo cuaderno:

*“Prefiero desaparecer que convertirme en archivo.”*

La dejó sobre la mesa de madera de la sala de reuniones. No tenía remitente, ni fecha, ni siquiera firma. Solo la frase sola, como si flotara.

Silvia no dio entrevistas. No explicó nada a nadie. No hizo despedidas públicas. Una mañana, simplemente no llegó a la sesión con su equipo. El equipo esperó. Luego entendió. Cerraron *El Zaguán* en silencio. Dejaron las sillas y la pizarra. Nadie volvió a usar ese espacio, pero tampoco lo desmantelaron. Como si esperaran algo. O alguien.

Durante años se especuló. Que había muerto. Que vivía en una comunidad sin red ni conexión al sistema central. Que había dejado todo para cuidar un jardín en la costa. Algunos afirmaban haberla visto en estaciones de tren, en calles antiguas de ciudades sin nombre, en terrazas donde todavía se servía café sin asistentes digitales.

Un rumor persistente hablaba de una anciana en un mercado de costa, que contaba historias al atardecer. No pedía dinero, ni aceptaba nada que no fuese un abrazo. No daba consejos. Solo comunicaba y escuchaba. Y cuando alguien le hablaba de Silvia, sonreía como quien recuerda a alguien que ya no existe... o que se convirtió en otra cosa.

Una vez una niña le preguntó por qué hablaba con tanta pausa, respondió: ‘El silencio también quiere su turno’. Nadie pudo probar que era ella. Y tal vez daba igual.

Lo que había sembrado ya no dependía de ella.

¿FIN?

¿Qué hace que un momento en vivo sea distinto a cualquier grabación perfecta?

¿Vale la pena conservar la imperfección, aunque sea incómoda, solo porque ocurre delante de nosotros?

¿Podría el “directo humano” convertirse en un lujo, como un concierto íntimo al que pocos pueden acceder?